

CONDICIONES.

Se publica todos los domingos, en un pliego de 16 páginas casi folio, á dos columnas.

Novelas, láminas, figurines, dibujos y patrones.



PRECIOS.

En Madrid, un mes.....	8 rs.
Un mes.....	9
Trimestre... ..	27
Semestre... ..	52
Un año.....	100
Ultramar y extranjero.....	8 ps. fs.

LA VIOLETA.

REVISTA HISPANO-AMERICANA.

LITERATURA, CIENCIAS, TEATROS Y MODAS.

DEDICADA A S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

DIRECTORA PROPIETARIA, DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

SUMARIO.

Estudios históricos: Alfonso II el Casto (conclusion).—A la Esperanza (poesía).—Leyendas moriseas: la asonada (conclusion).—Las primeras lágrimas (poesía).—La Cruz de los dos amantes: cuento tradicional (continuacion).—Epitafios.—Revista de modas.—Esplicacion del figurin.—Esplicacion del pliego de dibujos repartido con el número anterior.—A advertencia.

ESTUDIOS HISTÓRICOS.

ALFONSO II, EL CASTO.

(Conclusion) (1).

Teodosio, Obispo de Iria, tuvo noticia de que en el centro de un bosque, no distante de aquella ciudad, se veían durante la noche resplandores vivísimos y luces maravillosas.

Acudió el piadoso Prelado, y, convencido de la verdad del caso, mandó desbrozar el terreno, y cavando en él encontró una pequeña capilla que contenía un sarcófago de mármol.

(1) Véase el número anterior.

Las noticias que de antiguo existían, por las cuales se declaraba que el cuerpo del Apóstol, traído de Palestina por sus discípulos, fue enterrado en Galicia en un sitio cerca de Iria-Flavia, convencieron hasta la evidencia al Obispo de que el sarcófago encontrado era indudablemente el del Santo Apóstol.

Enterado el Rey del suceso, acudió al sitio del hallazgo seguido de su corte, y, lleno de júbilo por tan grato acontecimiento, mandó construir un templo en aquel mismo terreno, asignándole para su sosten tres millas en circunferencia de territorio, consiguiendo despues del Papa que el Obispo de Iria trasladase allí su Silla, para mas autorizar el santo lugar.

Tan prósperos sucesos, tanto en la parte religiosa como política, no podían menos de acrecentar de día en día la fama y el renombre del Rey D. Alfonso, y feliz hubiera indudablemente sido si los disgustos de familia, y la ingratitud de algunos á quienes dispensó sus favores, no turbasen su justa satisfaccion.

Pero la felicidad verdadera no existe en la vida.

Es una utopia, un mito, un fantasma que huye á medida que nos disponemos á asirla, á semejanza de estas transparentes balsas de agua que el espejismo hace ver en el desierto al viajero sediento, y que des-

aparecen de su vista aumentando mas y mas su terrible sed.

Esto mismo pasó á D. Alonso: contemplaba satisfecho el resultado de sus afanes, cuando su hermana la infanta doña Jimena, olvidando su alcurnia, y saltando por todas las consideraciones, se enlazó clandestinamente con D. Sancho, conde de Saldaña, de cuyo enlace nació el infante Bernardo del Carpio.

Sabedor el Rey de este acontecimiento, encerró á su hermana en un monasterio, privó de la vista al conde, y le redujo á prision en el castillo de Lara, trayendo á su corte y educando en ella al tierno niño, fruto de aquel desgraciado enlace.

Los años pasaron, Bernardo fue hombre, y la fama de sus hechos fue tal, que eclipsó la de los mas esforzados guerreros.

La historia de estos amores de doña Jimena con el conde de Saldaña, y la existencia de Bernardo del Carpio, ese héroe de los romances y de los cantos populares, ha sido negada por algunos cronistas. Morales observa que ninguno de los historiadores contemporáneos hace mencion de Bernardo ni de sus padres, y el Dr. Sabau y Blanco, en su *Historia de España ilustrada*, dice "que D. Bernardo del Carpio es un personaje fabuloso, y todas sus proezas no tienen mas realidad que las de D. Quijote."

D. Rodrigo asegura lo contrario, y vienen en parte á corroborar esta opinion dos sepulcros que existen en Aguilar del Campo, y que fueron visitados en 1517 por Carlos V, uno de los cuales, se dice, encierra las cenizas de Bernardo, y otro las de su alférez Gallo.

Este suceso, como la mayor parte de los que se dice acontecieron durante el reinado de D. Alfonso, se ven cercados de tinieblas, de entre las cuales es imposible separar lo verdadero y lo fabuloso.

Por eso nosotros hemos apuntado todos los pareceres, todas las opiniones, dejando al criterio del público la apreciacion de los hechos.

Hecha, pues, esta digresion, terminemos nuestra tarea.

Dijimos que los disgustos de familia y la ingratitud de personas á quienes el Rey prodigó beneficios, tuvieron la culpa de que su dicha se turbase.

Las cuestiones de familia fueron los amores de

doña Jimena; veamos ahora la ingratitud que en pago de sus favores recogió D. Alfonso.

Mahamuth, caudillo árabe, se alzó, acompañado de sus parciales con la plaza de Mérida, en contra de su soberano el califa de Córdoba, quien, acudiendo sobre la ciudad rebelde, logró rendirla, sin poder castigar como deseaba al rebelde caudillo, que logró ponerse á salvo penetrando en Asturias, y consiguiendo que D. Alfonso, no solo le otorgara su proteccion, sino que le señalara, para que viviera con los suyos, terreno suficiente en la parte de Galicia.

Incomodado Abd-el-Rhaman con el Rey cristiano por la acogida que dispensara á aquel rebelde, armó sus guerreros de Badajoz, Mérida y Lisboa, y rompiendo por las fronteras de D. Alfonso, saqueó la parte de terreno donde despues se fundó el reino de Leon, cayendo sobre la plaza de Benavente, que cercó, resuelto á tomarla.

Mientras esto sucedia, y en tanto que el Rey cristiano, á la cabeza de los suyos, lograba rechazar la irrupcion del califa, el ingrato Mahamuth, ayudado de sus parciales, trató de formar en Galicia un reino independiente, para lo cual se apoderó del castillo de Santa Cristina, á dos leguas de Lugo.

Pero su intento fue vano, pues D. Alfonso, vencedor en Benavente, corrió á su encuentro, y obligándole á aceptar la batalla, le arrancó la vida, dejando tendidos en el campo cincuenta mil de sus parciales, tornando á Oviedo victoriosos.

Este fue el último acontecimiento notable que llevó á cabo el Rey Casto, llamado así porque permaneció soltero, segun aseguran D. Alfonso el Magno y el monge de Albelda, fundándose en que en ningun documento de la época figura el nombre de la Reina; siendo de opinion contraria Lúcas de Tuy y Pelayo de Oviedo, que afirman casó con una hermana de Carlomagno, llamada Berta, á quien nunca vió, siendo esta la causa de que se le apellidase el Casto.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que D. Alfonso, con su valor, su fe y su prudencia, elevó al mas alto grado de preponderancia el trono de Pelayo.

Trasladó la corte á Oviedo, cuya ciudad cercó de murallas, alzando en su recinto la catedral, la iglesia de San Tirso, la de San Julian, el gran monasterio

de San Juan de las Dueñas, llamado hoy de San Pelayo, y otra multitud de edificios, acueductos y baños.

Paseó triunfante el estandarte de la fe, derrotando en cien batallas á los hijos del Profeta.

Creó los condes de Castilla en la parte del territorio de este nombre que conquistara.

Dió un gran impulso á las ciencias y á las artes, restableciendo las antiguas leyes y la disciplina canónica, sucumbiendo, cansada su frente del peso de tantos laureles, en el año 843, á los ochenta y cinco de edad y á los cincuenta y dos, cinco meses y trece días de su reinado, dejando por sucesor á D. Ramiro, hijo de D. Bermudo.

Sus restos fueron sepultados en el panteón de la iglesia de Santa María, fundación suya, y á donde durante su vida había hecho trasladar los cuerpos de su padre D. Fruela, de D. Bermudo y los de sus esposas Munia y Ozenda.

Allí se ve aun el humilde sepulcro que encierra sus cenizas, compuesto de dos grandes piedras labradas groseramente, sobre el cual acostumbraban á orar todos los días en comunidad los monges de los monasterios de San Vicente y San Pelayo.

En el día, el cabildo catedral de Oviedo consagra todos los años, el 22 de marzo, un solemne aniversario por el alma de tan esclarecido monarca.

JULIAN CASTELLANOS.



Insertamos con gusto la siguiente poesía que con notable aplauso ha sido leída por su autora en el liceo Piquer:

A LA ESPERANZA.

Misterio incomprensible que sostienes
la fortaleza, la virtud del alma,
que la recibes cuando viene al mundo,
siempre la amparas:

Faro consolador del afligido,
iris que calmas siempre la borrasca,
apoyo del espíritu cristiano...

¡salve, esperanza!

Eres del niño peregrina estrella
que guías hácia el bien su débil planta,
haciéndole entrever gloria y ventura
en el mañana.

Eres del hombre espíritu intranquilo
que le despiertas y hácia ti le arrastras,
le encadenas, le ofreces, le ilusionas,
audaz le engañas;

Y vuelves luego á interesarle, y vuelves
siempre á jugar con sus mortales ansias,
sin que él reniegue de tu dulce imperio,
dicha del alma.

Eres de la mujer mas que la vida,
eres la fe que la sostiene y salva,
niña, doncella, madre, en ti constante
sus ojos clava:

Y si reza es que tú la dices «ora,
que Dios oye clemente tu plegaria:»
si sentir dejar al corazón, comprende
que tú le dices «ama.»

Y si un ángel le da sobre la tierra
la bendición de Dios, estas palabras
son las primeras que á decir le enseña:
«¡fe y esperanza!»

¿Cómo no bendecirte el labio mío,
si fuiste por el mismo Dios formada,
y eres de nuestra madre cariñosa
la primera palabra?

¿Qué fuera del amor sin tu alimento?
¿sin ti, como hácia el bien bogara el alma?
la virtud, aun la fe, ¿cómo vivieran
si no esperaran!

No se padece pena mas aguda,
ni se inventó palabra mas amarga,
que esta que mata, que aniquila el ánimo,
«¡sin esperanza!»

¡Es recibir la muerte y no morirse,
es quedarse con vida y no gozarla,
es no tener sonrisas, ni oraciones,
ni fe, ni lágrimas!

Dichoso aquel que sus pesares llora,
y llorando su vista á Dios levanta:
tendrá el consuelo que al que en Dios espera,
Dios siempre manda.

Virtud que al alma vacilante enseñas

que hay siempre un mas allá de paz y calma,
que sobre las miserias de este mundo

Dios nos aguarda.

Todo fallece: ¡la esperanza nunca!
luz por el Ser Supremo alimentada,
del nacer al morir siempre la vemos,

nunca se apaga;

Y ni ese momento en que la muerte
nos acaricia con sus negras alas,
supremo instante en que se pierde todo,
todo se acaba:

Y ni el beso del padre nos conmueve,
ni el acento del hijo que nos llama,
ni nos arranca el mundo que dejamos
una mirada;

Cesa la mente de esperar, que entonces
se eleva, y mas creyente, mas cristiana,
espera que en un mundo mas perfecto
vivirá el alma!

JOAQUINA GARCÍA BALMASEDA.

LEYENDAS MORISCAS.

LA ASONADA.

(Conclusion) (1).

Un dia que los cuatro hermanos, vestidos con lujo igual, iban arrogantes y hermosos á tomar parte en un torneo que se celebraba en Wibrambla, pasaron por una casa de las principales de la ciudad.

Delante de una celosía habia unos tiestos con lindísimas plantas de las no vistas, ni aun en los adarves tan renombrados de la morisca Alhambra.

Jusef, amante de las flores, como toda alma sensible y tierna, se quedó mirándolas, y dijo á Mohamad:

—¡Hermoso vergel por cierto! ¡No las he visto nunca tan hermosas! Su perfume debe ser superior al de las rosas de Chipre y los claveles de Stambul.

—¿Y qué nos importa? respondió Mohamad con

enfado; á mí me gusta mas derramar sangre de esos cristianos perros, que recrearme como tú y nuestro señor padre haceis con esas flores que viven solo un dia, y que no compensan el placer de mirarlas con la ira que produce verlas agostarse.

—Á mí no me enfada ese espectáculo, Mohamad. Cuando veo morir una flor, ó secarse una planta, solo siento una melancolía que me oprime el pecho, por que quisiera dar vida á aquella hermosura que perfumó los prados, y que luego va á ser juguete del terrible huracan que la llevará á los mares ó á los desiertos, donde encontrará su tumba.

—¡Qué bueno eres!... dijeron Alí y Ahmad, mirándole con ternura, mientras Mohamad arrugaba el entrecejo con un enojo sin causa.

Por mala fortuna de los envidiosos, Jusef brilló aquel dia en el juego de las cintas y las carreras de caballos de una manera prodigiosa.

Su rencoroso hermano le miraba de una manera terrible, marcándose en su rostro, por mas que trataba de ocultarlos, los fatales pensamientos de que se hallaba poseido.

Abu-Abdalá, que presidia la fiesta, miraba alternativamente á sus cuatro hijos, y por mas que procuraba desechar temores, consideraba que tres de ellos serian infelices por aquel que desde niño habia demostrado una perversa condicion.

En uno de esos arrebatos naturales del pueblo, que ni la misma presencia real puede reprimir, se dió un *jiva!* á Jusef, el caballero, el esforzado, el noble, el sensible, pues así se le nombraba por casi todos los moriscos de la ciudad.

Esta general aclamacion hizo palidecer y conmoverse al favorecido, que, volviéndose al mirador donde se hallaba su padre, se inclinó hasta el suelo, cruzados sus brazos en señal de obediencia.

El dichoso padre le lanzó una de esas mirada, que equivalen á un estrecho abrazo, y una lágrima de ternura rodó por sus mejillas.

Mohamad miró esta escena con revueltos ojos de tigre, y desapareció por unos momentos de Wibrambla; despues se le vió asomar por uno de los arcos, acompañado de un viejo alfakí, de mirada torva, que conversaba animadamente con él.

El alfakí era uno de esos hombres intolerantes y

(1) Véase el número anterior.

fanáticos que en todas las naciones y en todas las sectas han procurado la destrucción de todo aquello que no se ha avenido bien con sus rancias creencias y sus visiones fantásticas.

Polilla de los partidos, que corroe hasta el hueso de los contrarios, sin que estos se aperciban de aquel insecto temible, á quien desprecian ó califican de visionario, sin cuidarse de las consecuencias fatales de aquel áspid venenoso, que muerde por bajo la raíz de los árboles mas lozanos y gigantescos.

Este, en union de otros varios, exhortaban á Mohamad en contra del Rey y del noble sucesor, prometiéndole que él solo ceñiría la corona.

Aquel día fue el decisivo, pues el envidioso infante no pudo resistir mas el imperio de su hermano.

Cuando se retiraban de la plaza volvieron á pasar por las celosías donde estaban las hermosas flores que habian enamorado á Jusef, y... ¡cosa estraña! un ramillete de ellas cayó á sus pies al propio tiempo que una voz dulce decia:

—¡Toma, Jusef... rey futuro de Granada! El Dios Grande te proteja y perfume tu vida con el aroma de flores mas bellas que las que yo te envío!

Y así diciendo, la desconocida que tales frases profería sacó una torneada mano y agitó un blanco pañuelo de finísimo hólán, con puntas bordadas de oro.

Jusef se inclinó, y dijo á aquella entusiasta mora, que sin duda le miraba por entre las celosías:

—Gracias, hermosa hija de Alá. Él te libre de infortunios, y te defienda de todos los males que affigen el corazón. Si algo te se ofrece, manda, que en el alcázar de mi padre siempre hay esclavos dispuestos á servir á la hermosura.

La dama se retiró de la celosía, volviendo á saludar con su pañuelo al príncipe de Granada.

Este llevó las flores á sus labios, y despues de aspirar su ambrosía y quedar un momento pensativo, preguntó á sus hermanos:

—¿Sabeis quién habita ese palacio encantado, ó quién puede ser ese genio benéfico que así nos arroja flores?...

—Ahí habita un viejo alfakí, que dicen tiene mucho oro y mayor avaricia, contestó Alí. Es de raza de judíos, y comercia secretamente con los suyos, á la vez que con los cristianos.

—¡Por Dios, que si es su hija ó su mujer la que arrojó las flores, tiene una voz dulcísima como el arrullo de las tórtolas! exclamó Jusef entusiasmado.

—¡Ya lo sabrá el alfakí! dijo interiormente Mohamad, que conocia muy bien al morador de aquella casa, con quien momentos antes estuviera tratando los medios de llevar á cabo la asonada que disponia.

Mas de una noche habia entrado por una puerta secreta á los jardines del viejo avaro, y de ellos á un salon sombrío, donde los conjurados se reunian para dar el golpe seguro y prever antes que llegasen las consecuencias.

Abu-Abdalá estaba ya en palacio con la comitiva, cuando llegaron sus hijos, que se habian retirado despues por correr mas cañas.

El venturoso padre les llamó y les tendió amigablemente los brazos, sin hacer distincion en ninguno; pues, gran conócedor del corazón humano, temia herir la susceptibilidad del menos generoso.

Jusef, mas cariñoso siempre que los demas, inclinó la frente para que su padre estampase los labios en ella; pero este se hizo el distraido, y sufrió el dolor de no besarle, porque vió los envidiosos ojos de Mohamad interponiéndose entre ambos, como los celosos de una mujer entre su rival y su amante.

Jusef miró á su padre con dolor, diciendo interiormente:

—¡Qué habré yo hecho, Dios bueno, para que mi padre me ame menos que ayer?

Y se retiró á su estancia; y, aunque durmió, soñó cosas tristes, y despertó á los primeros gorgoros de los ruiseñores, que todas las mañanas venian á cantar á su ventana.

Se levantó meditabundo y sombrío, y, abriendo un ajimez, vió los sensibles pajarillos que piaban con afán, acostumbrados á recibir todas las mañanas de aquel romántico príncipe menudas y ricas viandas de mazapan y bizecho, que aleteando iban á llevar á sus hijuelos entre su gracioso pico.

Esta escena divertia mucho á Jusef, pues las almas buenas se alimentan de todo lo bueno y cariñoso.

En cambio Mohamad castigaba á sus perros, daba latigazos á sus caballos, y arrojaba sus chinelas al rostro de los esclavos y eunucos, que procuraban

siempre mantenerse á gran distancia de este tirano, sin que por eso se librasen de su impiedad y fiereza.

Abstraído se hallaba Jusef con el aparente desvío de su padre y la contemplacion del ramo de flores que la incógnita dama le arrojara, y que, pasada una noche por él, aun estaba mas fresco y lozano, porque el sensible mancebo habia cuidado de ponerle en un riquísimo vaso del Japon, que, por medio de un secreto químico, tenia la cualidad de conservar las plantas, cuando oyó un tumulto terrible á las puertas del palacio, que le dejó paralizado y confuso.

Se asomó á un ajimez y vió que eran los soldados de su padre que se rennían con precipitacion y requerian las armas y aguijaban los corceles, como si fuesen á dar una accion ó se preparasen á una batalla.

El jóven era valiente, que todas las almas nobles lo son, y se resintió de que su padre no hubiese contado con él para ir á guerrear unido con aquellos esforzados moros, que tales pruebas de valor habian dado en los campos de Quesada y en otros encuentros con los arrogantes castellanos.

Él amaba los ejércitos de D. Enrique, porque sabia que los mantenedores de la Cruz eran tan generosos como arrojados, y que sostener liza con ellos y llegar á vencer, era cuanta gloria podia conceder el Dios poderoso al que ostentase en su cabeza la media luna.

Su espíritu caballeresco le llamaba á los campos cristianos, deseoso de medir su alfange ó su espada con la de uno de aquellos renombrados caudillos que vestian los colores de su dama y llevaban ramilletes y hermosas armaduras.

Despues de titubear y pasar la mano por su frente y recoger sus cabellos hácia atras, ciñéndolos con un precioso turbante, salió de la habitacion y fue á buscar á su padre para saludarle, como acostumbraba hacer apenas dejaba el lecho; pero ¡cuál fue su asombro al hallarle escondido en un rícon de su alcoba, presa de una convulsion horrorosa y lleno su rostro de lágrimas que habia vertido en la soledad sin permitir que nadie le viese!

Jusef se quedó pálido como un cadáver, pues sabia que su padre tenia valor, y que, cuando así se anonadaba y sufría, cosa grave, muy grave, debía sucederle.

Se arrojó á sus brazos con efusion, y Abu-Abdalá le estrechó con la mayor ternura, y estampó sus labios en aquella jóven y hermosa frente.

Estos cariñosos halagos llenaron de gozo el corazon del buen hijo que creia que su padre ya no le amaba tanto.

—¡Padre mio!

—¡Hijo de mi corazon!... fueron las palabras que ambos pudieron pronunciar; pues el Rey se hallaba tan contraído, que no tenia voz ni aliento.

—¡Qué teneis? exclamó al fin Jusef recostando en su hombro la cabeza de su padre.

—¡Ah! ¡llegó el funesto dia!... contestó este lanzando un suspiro, en el cual parecia que iba envuelta su alma.

—Pues ¿qué sucede? ¿Qué mal nos amenaza?

—El pueblo granadino se encuentra á las puertas de la Alhambra pidiendo que abdique mi corona y mi poder en tu hermano Mohamad.

¡La prediccion se ha cumplido!

¡Alá nos abandona, y el hijo malvado y desobediente se rebela contra su padre y desafía la ira del Dios bueno, y arranca á su hermano esa corona que por derecho le pertenece!

—¡Oh padre mio! ¡Padre mio! ¡Consolaos por Dios! Que mientras vuestro hijo Jusef aliente, basta él solo á quien se atreva á ultrajar el poder de su padre.

.....
Dia terrible fue para Granada este á que nos referimos; pero en otro capítulo veremos que no siempre triunfa la maldad cuando el pueblo ama á su Rey.

ROGELIA LEON.

LAS PRIMERAS LAGRIMAS.

Niña de morena tez,

Boca de coral y nácar,

Ojos negros y rasgados

Que son la luz de tu cara,

¡Por qué oscurece tu frente

La sombra de la desgracia

Y amargamente suspiras
 Y viertes copiosas lágrimas?
 ¡Tan jóven y tan hermosa,
 Tan pura, sencilla y cándida,
 Y ya el punzante dolor
 Se aloja, cruel, en tu alma!
 ¡Qué causa tu desventura?
 Dime, niña, ¡por qué causa
 Se oprime tu corazón
 Y tu sonrisa se apaga?
 ¡Acaso huérfana lloras,
 Desvalida y solitaria,
 El consuelo y las caricias
 De padres que te adoraban?
 ¡Ó es un hermano querido
 Que al morir en las batallas
 No le recogiste el eco
 De sus últimas plegarias?
 ¡Qué te sucede? responde:
 Mas no me respondas, calla.
 Las palabras del silencio
 Son elocuentes palabras.
 Me miras, y te sonries,
 Tiemblas, suspiras, y bajas
 Entre pudoroso llanto
 Tus dulcísimas miradas:
 Huyes de mí recelosa,
 Y recelosa te apartas;
 Pobre niña, te comprendo,
 Padeces porque ya amas.

DEMETRIO DE CASTRO.

LA CRUZ DE LOS DOS AMANTES.

CUENTO TRADICIONAL POR

D. MANUEL IBO ALFARO.

Dedicado á su querido primo D. Baldomero Gonzalez del Campillo.

(Continuacion) (1).

Mientras tanto, la jóven, que ni pensaba en otra cosa ni veía otra cosa delante de sí que la imagen

de su querido Arturo, recogió las flores mas frescas que nacian en las faldas de los vecinos montes; pálidas amarilleras ó fúnebre jaramago cogeria, porque solo estas flores, emblema de la muerte, se criaban en semejantes montañas: formó con ellas un ramo, que ató con la cinta que prendía sus cabellos; despues escribió una esquila, y la metió en el corazón del ramo.

Esto hizo Sofia la noche en cuya tarde le habian anunciado que al dia siguiente partirian para Madrid.

Para ir á Madrid desde el castillo de la Pica, es indispensable, como V. sabe, pasar por aquí; y Sofia, que no dudaba que Arturo veria deslizarse largos momentos de su vida sentado en esta Cruz, habia resuelto tirar al suelo, al pasar, aquel ramo en que iba su última despedida, para que lo cogiera Arturo.

Cuando hubo concluido de formar el ramo, y meter en él la carta, lo colocó en un vaso de agua, y se acostó mas tranquila; pero la infeliz no sabia que el marques de Smirch lo habia visto todo por el agujero de la puerta.

Cuando el marques de Smirch supuso que Sofia estaria ya dormida, abrió con tiento la puerta, examinó el ramillete con cauteloso furor, y leyó la esquila, en la cual Sofia le decia á Arturo *que nunca le olvidaria, y que recibiera aquellas flores como un tierno suspiro de su corazón.*

El primer impulso del marques fue rasgar la esquila y destrozarse el ramo; y ¡ojalá que así lo hubiera hecho! Pero de repente se contuvo, porque habia concebido un crimen. ¡Lo creerá V., señor? habia pensado matar á Arturo, y matarlo de la manera mas insidiosa.

El marques de Smirch, no solo habia estado en la guerra de Flandes, como dije á V. al principio de mi narracion, sino que tambien habia estado largo tiempo peleando contra los moros en Argel; y los moros le habian dado un veneno que á los dos minutos hacia morir al que lo olía.

Sin duda la luz de Satanás alumbró al marques aquella noche, porque luz de Satanás y no otra cosa debe ser la que inspira tan viles atentados, y el marques sacó de su baul una caja de aquel veneno, esparció una buena cantidad de polvo entre las flores

(1) Véase nuestro número anterior.

del ramo, lo volvió á colocar en el vaso, y en estremo contento salió de la habitacion.

Á la mañana siguiente dijeron á Sofia que al oscurecer de aquella misma tarde partiria del castillo el coche que los conduciria á Madrid.

Sofia se estremeció á este aviso, y colocó el ramo en un bolso de terciopelo verde.

El marques de Smirch no se separó un punto de ella; ya por gozar la vista de su lánguida hermosura, ya principalmente por evitar que oliera el envenenado ramo.

Mientras tales escenas ocurrían en el castillo de la Pica, el pobre Arturo iba perdiendo la salud por grados: en vano eran los tiernos consejos que su padre le daba; porque el desgraciado jóven empleaba el dia en vagar perdido por las solitarias cordilleras de los montes; en dar vueltas en torno del castillo de Peroniel; en llorar encerrado en su cámara... y por la noche venia y se sentaba en esta Cruz, y contemplaba las estrellas y contemplaba la luna, y le preguntaba por Sofia, como si la luna tuviera poder para responderle; y se abrazaba á esta Cruz; y le contaba sus cuitas, como si esta Cruz tuviera virtud para calmar su dolor... y, entre tanto, la vida del pobre Arturo se iba consumiendo en su amargura; y su anciano padre se acababa de sentimiento; y los aldeanos todos le compadecían, y todos le pronosticaban una muerte temprana.

Llegó la noche del 20 de mayo; tan pronto como el sol se escondió en el horizonte, se dirigió Arturo, abatido y melancólico, á la Cruz, en cuyas gradas se sentó cabizbajo y con los brazos cruzados.

Triste debía de ser la situacion de Arturo, porque mucho debe padecerse, en mi juicio, cuando uno se halla solo en los mismos lugares en los que otro tiempo estuvo con el objeto de su amor.

—No olvidará V., señor mio, dijo mi compañero, que aquella misma noche en que el hijo de D. Nuño estaba sentado en la Cruz, era la noche en que el gran duque de Bohemia y el marques de Smirch habian determinado partir del castillo de la Pica para Madrid.

—No lo he olvidado, respondí yo con tristeza, porque me iba impresionando la narracion de mi compañero.

—Pues bien, prosiguió este; como si el cielo quisiera adornar con sus divinas galas el inocente sacrificio que se iba á consumir al pie de esta rústica Cruz, contaban nuestros antepasados, al referir con devocion esta historia, que nunca la naturaleza se desplegó mas llena de encantos, ni el firmamento mas azul; ni las estrellas mas brillantes, ni la luna mas plateada, ni las nubes mas blancas y rizadas, ni el céfiro mas suave, ni mas melancólico el canto del ruiseñor, que en aquella hora llena de misterios, en que Arturo lloraba su perdido amor al pie de esta santa Cruz.

En el reloj de la parroquia sonaron las nueve. El eco solemne de la campana que se esparció sin obstáculos por estos valles silenciosos, hizo estremecerse á Arturo, que prorumpió en un raudal de lágrimas... porque las nueve habia tocado aquella misma campana cuando Sofia se separó la última vez de su lado.

(Se continuará.)



EPITAFIOS.

¡Tumba de lujo! ¿qué encierra?
¿príncipe? ¿duque? ¿marques?
—Aquí yace un portugués.
¡Y aun no ha temblado la tierra!

Yace aquí una mujer... y allá el marido.
Como están enterrados han vivido.

Sepulcro descomunal,
que parece un panteon.
—Aquí yace un doctoral,
que hizo vida patriarcal.
Y murió de indigestion.

Un epitafio en cuarteta,
y debajo un azafate
pidiendo limosna... ¡Tate!
este debió ser poeta.

Yace aquí un ministro. Amen.

Solo hoy me parece bien.

EL COMERCIO DE MADRID.

Número—*Nouveautés*—14—tienda...

que entre aquí á comprar algo el que lo entienda.

VICENTE BARRANTES.

MODAS.

CORREO DE SEÑORITAS.

La moda se complace en hacer adoptar sus caprichos, y las damas del gran mundo no la desmienten por mas que la traten de loca. Se adornan con mariscos, colocan abanicos sobre su cabeza, y otras mil escentricidades, de las cuales es necesario ocuparse, puesto que se adoptan por la gran mayoría de nuestras elegantes.

Ramilletes dispuestos en penacho mas ó menos elevado, se colocan sobre los sombreros ó los prendidos. Hay lilas blancas *grandiflora*, especie gigante, que no desdeñaria la misma Flora, y es cuidadosamente buscada por nuestras modistas. Grupos de *parvas*, castaño enano, que no tiene fruto, pero con él se imitan las plumas que se hacen descender sobre los fondos flojos de los sombreros, así como los racimos de *orchidée*.

Puffs de gruesos jacintos sujetos con hojas anudadas.

Este año se llevarán racimos de flores en vez de plumas.

Tulipanes primaverales lanzándose en penacho, acompañados de lazos de blonda, y dejando descender uno por dentro del sombrero. Cuadrados de violetas, adormideras encarnadas de riquísimo matiz, crisantemos y glicina reproducidos con artístico talento.

Después de los prendidos veamos los sombreros que hemos admirado últimamente en la elegante casa de la Sra. Bueno (1).

Uno de crespon rosa, sembrado de gotas de agua,

(1) Carretas, 39, principal izquierda.

franjeado el borde con el mismo género, y por encima una bella concha del Brasil, altivamente colocada al pie de un penacho blanco y negro. La concha se vela de tul y hace el efecto de un camafeo. El interior es blanco con el mismo adorno repetido, y las bridas rosa.

Otro de paja belga con puff de rosas y bridas que se sujetan desde el ala al fondo, donde se anudan graciosamente.

El bavolet es de tafetan rosa; el borde del ala rebuierdo de terciopelo negro cimbreado y bordado de azabaches blancos y negros. Una franja á modo de yalona ocupa solamente el medio. El interior es de tafetan rosa, dispuesto en diversos anillos de cinta formando meseta sobre la frente; las bridas rosa y los lados blancos.

Un lindo sombrero de crin blanca, guarnecido sobre el borde de herretes de paja, adornado con un puff de flores blancas en papel de arroz. Un penacho-abanico descende por la izquierda; bavolet rosa, y una rosa de este matiz velada de tul blanco, se coloca por dentro.

¡Qué gusto y qué distinción en el siguiente sombrero, destinado á una recién casada! Es de tul bordado de gotas de agua, lo que es enteramente gran género, y lo adorna solamente un sauce bordeado de las mismas gotas. En el interior se aperciben flores blancas sumamente transparentes y de un blanco delicioso con las simientes amarillas.

Las formas de los sombreros son mas pequeñas y mucho menos levantadas.

Busquemos trajes abordando la delicada cuestion de los vestidos á lo hombre, introducidos en nuestra *toilette*. Ejecutados por hábiles modistas, son cada vez mas graciosos y coquetones. La elegante condesa de C. llevaba uno de este género, y habia adoptado el chaleco pensamiento, la corbata igual, y un cuello recto retenido por un broche artístico.

El cuerpo permanecia enteramente abierto, y estaba guarnecido en el delantero con botones de pasamanería, suficientemente anchos para soportar colgantes. La parte descendente de detras no estaba separada, y tenia tres aldetas graciosamente reunidas con una pequeña barra y dos colgantes señalando el talle. Las mangas, un poco ajustadas, estaban

hendidias por detras y guarnecidas de otros tres botones colocados hácia atras solamente, sobre la parte superior. Este traje estaba ejecutado en tafetan negro mosqueado de blanco.

Se pueden designar como de gusto los trajes gris con vieses de tela y entredoses de *guipure*, que producen un efecto encantador entremezclados y cortados por diferentes adornos dispuestos en lo alto.

Las nuevas enaguas reproducen á veces adornos de encaje, siendo estas las mas elegantes. Las hemos visto en alpaca blanca con rayas negras y aplicacion de anchos entredoses denteados, colocados planos á corta distancia del bajo de la falda. Otras son blancas, guarnecidas de volantitos bordeados de negro, entrecortados de fleco y entredoses.

Finalmente, las medias de seda de color y aun de algodón de Irlanda, son de rigor con enaguas iguales. Esta es la moda que las elegantes han adoptado para la mañana.

JOAQUINA DE CARNICERO.

ESPLICACION DEL FIGURIN.

TRAJES DE AMAZONA.

Primera figura. Falda negra: chaqueta de lanilla color castaña, ajustada al talle, que se prolonga hácia las caderas, y del que están unidas unas aldetas cortitas abiertas en los lados, y sujetos los pliegues de atras con dos botones: manga de codo con vueltas en el puño: cuello estrechito y una solapa en el pecho que deja ver la camiseta de cuello recto y la corbata: sombrero de paja oscura, adornado con cinta de terciopelo y plumas blancas y negras.

Segunda figura. Vestido de merino color Habana: cuerpo alto cerrado y figurando dos petos delante y uno atras: manga de codo, adornada con unas cintas de terciopelo y botones del color del vestido; el mismo adorno se repite en el pecho y la espalda: cuello blanco derecho y corbata verde: sombrero de paja, adornado con cintas de terciopelo y plumas negras.

Tercera figura. Vestido de merino color de pensamiento: cuerpo ajustado, con aldetas, que empie-

zan pequeñas por delante y se prolongan por detras como la figura núm. 1: solapa con vueltas de seda: manga de codo con vuelta figurada por una cinta, con la cual está ribeteada toda la chaqueta: camiseta con cuello marinero y corbata negra larga y cogida con un anillo: sombrero de copa con velo gris, adornado en el extremo con tres cintas.

ESPLICACION DEL PLIEGO DE DIBUJOS

QUE REPARTIMOS CON EL NÚMERO ANTERIOR.

Número 1.º Esquina para pañuelo rico, bordado á cordoncillo con calados, aplicacion de batista sobre tul de Alenzon.

Núm. 2.º Otra esquina de pañuelo bordado sobre batista con la orilla calada, escudo y cifra.

Núm. 3.º Valentine (nombre) con escudo bordado á plumetis.

Números 4.º y 5.º Juego de cuello y puños sobre percal bordado á punto ruso con algodón negro; en el centro se pone un viés liso de piqué que va formando dientes, y otro seguido en la orilla.

Números 6.º y 7.º Otro juego de mañana bordado en soutache.

Núm. 8.º Mitad de una camiseta para niña de cinco años: se borda sobre *nansouck* á plumetis.

Núm. 9.º Espalda de la camiseta.

Núm. 10. Babero para niño: dibujo soutache sobre piqué con feston al borde.

Núm. 11. Entredos sobre *nansouck* bordado á punto ruso con seda negra para camiseta de señora y cuerpos blancos.

Núm. 12. Mitad de una petaca, que puede hacerse en terciopelo, con cordoncillo de oro ó en paño color de cuero, con trencillas verdes, bordado soutache.

Números 13 al 17. Entredoses para lencería de niños: bórdase á plumetis y á la inglesa.

Números 18 al 41. Escudos, cifras y nombres.

Núm. 42. Modelo para un cuadro hecho á gran chillo para cubrir una butaca ó para un almohadon, etc.

Se reunen los cuatro cachitos por medio de un punto por encima hecho por detras de cada feston.

formando de los cuatro uno grande, ó bien se hacen cuatro grandes y se reunen lo mismo para hacer otro mayor.

Se procura tener algodón C. B. núm. 20.

Se hacen treinta y dos puntos encadenados ó seguidos, y se reunen los dos extremos para hacer un redondelillo.

Segunda vuelta. Se hacen cuarenta puntos medio cogidos á la otra vuelta.

Entonces se principia uno de los cuatro cuadritos, pero hechos á punto inglés; para conseguir esta clase de puntos es necesario hacerlos alternando, una vuelta del derecho y otra del revés, en puntos dobles; esto se comprende volviendo la labor á cada vuelta, y para hacer cada punto se clava el ganchillo, no en el hilo que forma el borde de la última vuelta, pero sí en el que está mas abajo y un poquito hácia atras: esto comprendido, vamos á otra esplicacion.

Tercera vuelta. Tres puntos ordinarios ó lisos: se vuelve la labor de modo que esté del revés, y se hacen cinco puntos poniendo dos en el tercero, de los tres hechos anteriormente, y advierto que, para hacer esta vuelta, es preciso clavar el ganchillo debajo del punto anterior.

Se toma la labor del derecho y se hacen siete puntos, poniendo siempre dos en el primero de los dos últimos de la vuelta anterior.

Vuélvese la labor al revés y se hacen nueve puntos, se vuelve al derecho y se hacen once puntos, se toma del revés y se hacen trece, se continúa así siempre hasta que se obtienen veintinueve puntos. Se toma la labor del derecho y se continúa como siempre, hasta que se tiene once puntos que se hace un relieve, es decir, se hacen cinco dobles barretas, cogidas por arriba del punto tercero anterior, de modo que dichas barretas estén á la altura de tres vueltas entre encima y debajo; se sigue la vuelta como si no se hubiera hecho tal relieve: para esto se pone el punto doce al lado del once, y así se sigue hasta que se tienen veintinueve puntos; se toma la labor del revés y se hacen veintinueve puntos, luego al derecho y se hacen veintisiete puntos, se toma al revés y se hacen veintinueve, y desde aquí las vueltas de puntos van disminuyendo de dos; para eso se pone

el primer punto de cada vuelta sobre la segunda anterior, y al fin de la vuelta se deja un punto sin hacer, de modo que á la otra no habrá mas que veintisiete puntos. Se hace así: se toma la labor al derecho, se hacen diez puntos, un relieve como hemos dicho, siete puntos sin intervalo entre dichos puntos y los diez que preceden. Se hace un relieve y diez puntos, se toma la labor al revés, se hacen veintinueve puntos, y luego al derecho para hacer veintinueve: se toma al revés y se hacen veintinueve. Se toma al derecho, se hacen nueve puntos, un relieve y diez puntos. Se coge la labor al revés y se hacen diez y siete puntos, continuando hasta el fin haciendo vueltas lisas, menguando á cada vuelta dos puntos, y cuando la vuelta no tenga mas que tres puntos, el cuadrado estará concluido, y se asegura el hilo, y se vuelven á hacer otras tres iguales: para esto es necesario tomar desde el principio de la vuelta siete puntos de distancia, y hacerles entre los tres puntos, que servirán de base al cuadrado siguiente; para concluir el cuarto y último cuadro no se rompe el hilo, porque la vuelta siguiente se principia al extremo de dicho cuadro.

Cuarta vuelta. Para principiar esta se pondrá la primera por cuatro cadenetas, porque una de las barretas no se puede hacer al principio de la vuelta; dos barras cogidas en el segundo punto de los tres forman la conclusion del cuadro tres cadenetas; dos barras cogidas en el mismo punto que les precede; cinco cadenetas, dos barretas al borde se toman á la orilla del cuadro, entre la carrera compuesta de siete puntos, y de la otra compuesta de nueve. Las dos barras cogidas en el mismo punto se hacen tres cadenetas, y dos barretas cogidas en el mismo punto que las que preceden; cinco cadenetas, dos barretas cogidas al borde del cuadro entre la vuelta de diez y siete puntos y la de veintinueve. Se hacen tres cadenetas y dos barretas en el mismo punto que las precedentes, cinco cadenetas, despues se hace el ángulo del cuadro; dos barretas en el mismo punto; dos medias barras en el mismo punto; esta labor adornada hace un cuarto del cuadro.

Para adornar el otro lado que va al centro, donde está la roseta, se hace seis veces una cadeneta y una barreta, colocando cada barreta en el lado del cua-

dro; al extremo de cada raya lisa formada por la union de dos carreras dos puntos ingleses.

Cuando las barretas están hechas ya, se acercan al círculo, se hará una cadeneta, despues un punto cogido en el círculo, en el cuarto punto de los siete que se hallan en el fondo de los cuadros.

Se hace exactamente encima de los lados del cuadro, siguiendo la misma labor que se ha hecho á los dos lados del primer cuadro, pero en sentido inverso, de modo de concluir la punta formando el final del segundo cuadrito, en donde se vuelve á contar desde el principio de la cuarta vuelta.

Quinta vuelta. Un punto derecho tomado en la basta de cinco puntos á cadeneta precede al conjunto de las cuatro barretas que adornan la conclusion de un cuadrito; tres puntos de cadenetas, dos barretas tomadas en la basta de las tres cadenetas que corresponden á la vuelta anterior, y está entre las cuatro barretas.

Tres cadenetas, dos barretas tomadas en la misma basta que las dos anteriores, tres cadenetas. Se principia otra vez la vuelta para hacer la misma labor encima de los dos grupos de las barretas que siguen á las de en medio, y así se llega cerca de la punta izquierda del cuadrito; se continúa haciendo un punto, tomado en la basta de cinco cadenetas que preceden á dicha punta; tres puntos de cadenetas, dos barretas en la basta de las tres cadenetas que se encuentra entre las cuatro barretas pertenecientes á la vuelta precedente, y adornando la punta izquierda del mismo cuadrito dos barretas en la basta de las tres cadenetas, que es parecida á esta, pero que adorna la punta derecha del cuadrito siguiente; se continúa adornando el lado de este cuadrito exactamente como el del lado izquierdo del cuadrito anterior, y cuando se ha llegado á la conclusion se vuelve á contar desde el principio de la vuelta. Cuando el cuadrito formado por la reunion de los cuatro cuadros lisos esté guarnecido por la última vuelta, se concluyó la numeracion.

Núm. 43. Acerico con caja de labor. Dicha caja es de juncos, el tapete hace almohadilla.

La casa Thorel hace la vuelta, y el forro de encima de tapicería, ó si no, le pega anillitas; es de este último modo cómo está puesto en la lámina: se re-

corta un pedazo de carton fuerte y delgadito, de la forma de una separacion; despues se dibuja en casimir encarnado ó azul alrededor del carton.

Se vuelve á cubrir con labor de ganchito de puntos de cordoncillo de Berlin, negro; anillos de metal; despues se fijan dichos anillos para hacer los dibujos indicados; lo mismo se hace para encima de la almohadilla. Cuando esta labor se ha concluido, se vuelve á cubrir cada carton, de un lado con cachemir y del otro con moaré; la costura que reúne las dos telas está ó se hace al borde del carton; despues se reúnen los cartones con puntos por encima, colocándolos en el sentido indicado.

Se añade del mismo modo un fondo de carton forrado de tela. Nuestras suscriptoras encontrarán en la lámina de bordados, encima del núm. 42, el modelo de los redondeles de carton necesarios para hacer los flecos bolas, cuya esplicacion irá con el pliego de dibujos que daremos con el primer número de mayo; es preciso cortar dos iguales: ademas ver el número indicado para enterarse.

SEGUNDO LADO, PATRONES.

Patron de un cuerpo suizo para una niña de ocho á diez años; para esta hechura se emplea con preferencia la popelina, guarneciendo este cuerpo con ruches y cintas. Ademas va en este lado un patron de polainas para niños de cuatro á seis años. Pueden hacerse en paño color gris ó marron, y la tela que vuelve sobre el lado, de tela escocesa. Para niño mas pequeño se hará menos alta, ajustándola con un cordón y dos borlas que caen sobre la pierna.

ADVERTENCIA.

Con el primer número de mayo recibirán nuestras suscriptoras un magnífico pliego de dibujos y patrones.

Por todo lo no firmado, la escriba

La Directora, FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

Editor propietario, VALENTIN MELGAR.

MADRID: 1864.—Imprenta á cargo de D. Antonio Perez Dubrull, calle del Pez, núm. 6, principal.



LA VIOLETA

Redaccion y Administracion
Ayuntamiento de Madrid

